**Homilía del arzobispo de Santiago de Compostela monseñor Francisco José Prieto Fernández para la 112ª Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado**

*«Incluso uno solo de estos pequeños» cf. Mt 18, 10*

Parroquia de San Fernando (Santiago) – 27 de septiembre de 2026

Domingo XXVII TO/A

Permitidme comenzar con unas palabras del papa León XIV. En el Palacio Real de Madrid, en su visita a España (6 de junio de 2026) pidió abandonar las "narrativas divisivas y polarizantes" y pasar "de las simplificaciones estériles a la apreciación fecunda de la complejidad". Son palabras exigentes, pues **la realidad de la migración reclama responsabilidad y decisiones difíciles; no se vuelve más sencilla cuando dejamos de mirar a las personas que la viven y la sufren**.

El Evangelio de hoy nos sitúa ante una pregunta todavía más incómoda. Un padre pide a sus dos hijos que vayan a trabajar a la viña. Uno dice que no, pero se arrepiente y va. El otro dice que sí, pero no va. Jesús pregunta: "¿Cuál de los dos hizo la voluntad del padre?".

Podemos pronunciar palabras hermosas y verdaderas: *todos somos hermanos; hay que proteger a los niños; nadie debería morir buscando un lugar seguro*. Pero Jesús nos pregunta qué sucede después. ¿Llegan esas palabras a nuestras decisiones? ¿Cambian nuestra manera de hablar, de escuchar, de actuar? La viña no se trabaja con buenas intenciones solamente.

Hoy celebramos la Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado. Su lema, ***Incluso uno solo de estos pequeños*** (cf. Mt. 18,10), nos obliga a detenernos. El papa León XIV, en su mensaje para esta jornada, dirige nuestra mirada a los niños y adolescentes que viven la migración: a quienes viajan con sus familias, a quienes se han separado de ellas, a quienes afrontan el camino sin un adulto que los proteja. Nos recuerda que cada uno posee una dignidad que ninguna frontera ni situación administrativa puede borrar. Y pide a nuestras comunidades que la hospitalidad se convierta en una práctica constante, atenta a la historia de cada menor.

***Incluso uno solo.*** Ahí está la fuerza del Evangelio que nos muestra el "peso" de uno solo. No habla de una multitud, sino de una persona a la que Dios mira. Jesús nos advierte que no despreciemos a uno de estos pequeños. Podemos hablar de llegadas, de plazas de acogida y de traslados; son cuestiones reales que requieren medios, coordinación y decisiones responsables. Pero el lenguaje de la gestión no puede tapar el rostro de un niño, que, tal vez, tiene miedo o lleva semanas sin saber qué será de él. A lo mejor, lo primero que necesitan es que alguien aprenda su nombre.

Lo ocurrido en Ceuta durante estos meses hace que esta Jornada nos toque de cerca. Ha habido muertes en el intento de llegar a la ciudad, menores necesitados de protección y una presión muy fuerte sobre los recursos de acogida. También los vecinos, los profesionales y los servicios públicos de Ceuta han afrontado dificultades reales. Cáritas ha reconocido el impacto sobre la población ceutí y ha denunciado la instrumentalización de las personas migrantes con fines políticos o estratégicos. Por eso **no debemos enfrentar unos sufrimientos con otros. Se trata de la dignidad y de los derechos de unos y de otros, de los ceutíes y de los emigrantes.** Como ha dicho recientemente el Papa: "una crisis humanitaria". La solidaridad con Ceuta exige recursos y responsabilidad compartida; la protección de los menores exige que ninguno quede abandonado mientras se discuten las soluciones: "que la historia no tenga que acusarnos de haber convertido el dolor de los que sufren en paisaje habitual de nuestras costas. Porque hoy, aquí, junto al mar, cada vida que llega nos pregunta qué queda de nuestra humanidad. Tarde o temprano, se sabrá si supimos custodiarla o si dejamos que la indiferencia hablara por nosotros" (León XIV, Puerto de Arguineguín – Palmas de Gran Canaria, 11 de junio de 2026).

Es posible discutir cómo responder a una situación tan compleja. Es necesario hacerlo. **Lo que un cristiano no puede discutir es si la vida y la dignidad de un niño cuentan.** Tampoco podemos permitir que el miedo o el cansancio nos acostumbren a verlo como una carga. Cuando la conversación pública convierte a un menor en argumento de una disputa, alguien tiene que recordar que ese menor está aquí, que necesita protección hoy y que su vida no puede ponerse en espera.

La Palabra de Dios no nos deja instalados en la culpa ni en la impotencia. Por medio de Ezequiel, el Señor anuncia que quien se aparta de la injusticia y practica el derecho y la justicia encontrará la vida (18, 27-28). Podemos rectificar y retirar una palabra hiriente, dejar de propagar un rumor o vencer una indiferencia que se nos había vuelto costumbre. El primer hijo

de la parábola comenzó diciendo *no*; su primera respuesta no fue la última, pero se arrepintió y fue a la viña.

San Pablo nos muestra el camino para este cambio. Pide a los filipenses que tengan en cuenta los intereses de los demás y les pone delante a Cristo: el Hijo de Dios que se abajó y tomó la condición de siervo (Flp. 2, 7). Aquí está el centro de nuestra fe. **Cristo no contempló nuestra fragilidad desde lejos. Se acercó, compartió nuestra condición y entregó su vida por nosotros. Si hemos sido acogidos así por Él, ¿cómo podríamos negar una mirada de hermanos a quienes llegan heridos y desorientados?**

Esa mirada ha de convertirse en gesto y compromiso. Proteger a un menor significa escucharlo, garantizarle un lugar seguro, atender sus necesidades, procurar la reunificación familiar cuando responda a su bien y abrirle un camino de educación y de futuro. **Exige colaboración entre administraciones y territorios. Y exige algo de la propia Iglesia: no deleguemos toda la responsabilidad**. Nuestras parroquias pueden acompañar a quienes llegan, sostener a las personas que trabajan en la acogida y crear espacios donde los jóvenes recién llegados y los jóvenes de aquí se conozcan y crezcan juntos. Así lo pide también el Papa en su mensaje para esta Jornada al **propiciar una responsabilidad compartida.**

Nadie tiene que resolver por sí solo una crisis de esta magnitud, pero se puede empezar por algo sencillo. Tal vez informarnos con cuidado antes de repetir una noticia o un rumor, pues, a lo mejor, hablamos de las personas migrantes de un modo que nos avergonzaríamos ante ellas. Intentemos sostener a quienes trabajan en la acogida y preguntar en nuestra comunidad parroquial qué necesidad concreta está a nuestro alcance atender. Enseñemos a nuestros niños a acercarse a un compañero recién llegado, a aprender su nombre y a hacerle sitio.

Si hemos dicho *no* alguna vez, por temor, por cansancio o porque pensábamos que esto no tenía que ver con nosotros, Jesús no nos abandona en esa primera respuesta. Nos llama de nuevo y nos da la posibilidad de levantarnos y de ir.

Dentro de unos momentos nos acercaremos a la mesa del altar del Señor. Venimos necesitados de misericordia y recibimos un mismo Pan. Que esta Eucaristía nos dé un corazón capaz de reconocer a Cristo en cada pequeño, también en el que ha llegado desde lejos; y que nos dé perseverancia para cuidarlo. **Cuando el Señor nos llame a su viña, que nuestra respuesta no se quede en los labios y se haga vida.**